

CAPÍTULO 9

SUBJETIVIDAD, CORPORALIDAD Y PERCEPCIÓN EN LA FILOSOFÍA DE MERLEAU-PONTY

Silvia Solas

Consideraciones generales

Maurice Merleau-Ponty, filósofo francés, nació el 14 de marzo de 1908 y murió el 5 de mayo de 1961, como se ve, a una edad temprana. Su muerte inesperada (con apenas 53 años) constituye una interrupción a su pensamiento que se encontraba por entonces en pleno ejercicio de revisión.

Durante su primer período de producción publicó dos grandes obras: *La estructura del comportamiento* (en 1942) y *La fenomenología de la percepción* (en 1945), a los que se suman varios artículos editados bajo el título de *Sentido y Sinsentido* (en 1948).

La revisión de estas primeras concepciones que Merleau-Ponty llevaba adelante hacia fines de la década del 50 estaba orientada a generar un nuevo escrito importante, pero, como dijimos, su culminación se vio interrumpida por la muerte de su autor. Se editó póstumamente, entonces, el material en el que Merleau-Ponty estaba trabajando y que, se supone en principio, constituiría apenas la introducción al gran volumen. Su título es *Lo visible y lo invisible*, aparecido en 1964.

Ambos períodos de su pensamiento se han conocido, el primero, como el período fenomenológico, y el que se manifiesta en *Lo visible y lo invisible*, como el período ontológico (explícitamente, Merleau-Ponty considera que su objetivo, en este último texto, será “ontológico”).

La herencia filosófica de Merleau-Ponty es múltiple: principalmente proviene de los estudios fenomenológicos de Edmund Husserl; él mismo presenta su filosofía como una prolongación de las últimas indagaciones de Husserl, en

especial aquellas desarrolladas en torno a la problemática de la corporeidad humana y del mundo vivido. Pero también, a su modo, asume la perspectiva dialéctica de Hegel, sobre todo la de la *Fenomenología del Espíritu*, y de Marx, aunque con la explícita intención de resignificar el marxismo, particularmente aquél que en esos días y en la práctica política llegaba a justificar el régimen stalinista. También se enmarca en los planteos de la Psicología de la Forma (*Gestaltpsychologie*) y hay algunos puntos de encuentro con ciertas afirmaciones de Bergson. Por último, la vertiente existencialista también ocupa un importante lugar en su pensamiento, por lo que, a menudo, hay fuertes resonancias de Heidegger y de Sartre.

Sin embargo, pese a que es posible delimitar temporalmente el pensamiento de Merleau-Ponty en dos grandes períodos y que el mismo se constituye apoyándose en sutiles reinterpretaciones de variados filósofos, lo sustancial de su pensamiento se mantiene a lo largo de toda su producción filosófica; más aún, también puede interpretarse que los intentos de su período ontológico permiten una visión renovada de las consideraciones más estrictamente fenomenológicas de su primera etapa.

Así, no abandonará de principio a fin de su obra el objetivo central de toda su filosofía: superar las dicotomías que tienen como base la oposición sujeto/objeto originada en la modernidad, tales como realismo/idealismo, mundo/conciencia, sensibilidad/pensamiento, a los efectos de reflexionar sobre el propio saber (científico, artístico, filosófico y aún político o histórico) que de ninguna manera, según su convicción, puede construirse aislado de lo sensible.

El período fenomenológico

Su primer texto de importancia, *La estructura del comportamiento*, confronta con las corrientes psicológicas más significativas de su tiempo: la psicología experimental y el conductismo. Para ello, estima de gran importancia la introducción de la noción de “Forma” de la por entonces nueva Psicología de la

Gestalt, aunque advierte que la misma se sustenta en un realismo objetivo y causal que presupone, precisamente, el dualismo que él pretende superar.

Así, contra la causalidad lineal, aún presente en la nueva psicología, propone una “causalidad circular y vertical” que va del hombre al mundo y del mundo al hombre: las estructuras más complejas se nutren de las estructuras más simples y, a su vez, éstas tienden hacia aquellas. Esta dinámica se da en los tres órdenes del comportamiento, el físico, el vital y el humano, de modo que no hay vida refleja por un lado y vida inteligente por otro; más bien se trata de un comportamiento integral.

De tal modo, los comportamientos humanos no son o bien físicos o bien espirituales (acorde a su oposición a la visión dualista), sino funcionales. En cada uno de ellos se ponen en juego estructuras en las que no puede desecharse ni lo sensible ni lo psíquico. Para decirlo de otro modo, no hay acto material en el que no se involucre un mínimo de sentido y, recíprocamente, no hay acción intelectual que no se funde en lo corpóreo.

Las nociones de circularidad, dialéctica y verticalidad de la estructura, presentes en este primer texto, anticipan los análisis de la *Fenomenología de la percepción*, donde Merleau-Ponty intentará mostrar que la existencia no es más que “un diálogo con el mundo”, que es *intencionalidad*, y, en tal sentido, trascendencia.

La Forma no es, entonces, una “cosa” que pertenezca a la naturaleza –como pareciera sustentar la Psicología de la *Gestalt* o el realismo–, ni una idea de la conciencia –como podría suponer un idealista. La estructura –o Forma– es algo así como “la conjunción de una idea y una existencia indiscernibles” (M. Ponty, 1976: 286).

La Forma es, como estructura significativa, lo que se “aparece” a una conciencia que percibe, o sea, es objeto de la percepción: no existe sino en tanto “percibida”.

Así, la clave del problema que enfrenta Merleau-Ponty es la conciencia perceptiva. Una suerte de conciencia pre-reflexiva o de pre-conciencia. Cuando preguntamos por qué cosa sea esta conciencia, se nos aparece el problema de la percepción. Para Merleau-Ponty, se trata de una experiencia primordial,

previa al *cogito*, pero en la que y a se da el primer surgimiento de la racionalidad o sentido del mundo.

Nuestro filósofo pretende, por tanto, pensar y comprender la percepción como modo originario e irreductible de nuestra experiencia.

Y en esa empresa también se diferenciará del criticismo kantiano, a pesar de sus aspectos comunes. Como Kant, Merleau-Ponty piensa que la conciencia es una suerte de actividad que constituye la naturaleza: “Lo que llamamos naturaleza es ya conciencia de la naturaleza; lo que llamamos vida es ya conciencia de la vida; lo que llamamos psiquismo es aún un objeto ante la conciencia” (M. Ponty, 1976: 257).

Pero Kant, que ha develado los *a priori* de la experiencia, lo ha hecho, por decirlo así, sobrepasándola, sin detenerse sobre ella misma, y por tanto, de algún modo ignorándola en su fundamental papel originario. Es preciso, como ha enseñado Husserl, realizar una reducción fenomenológica, dejar en suspenso la experiencia natural o inmediata y hacer de ella misma el objeto de la reflexión:

Lo trascendental de Husserl no es lo trascendental de Kant, y Husserl reprocha a la filosofía kantiana ser una filosofía ‘mundana’, puesto que *utiliza* nuestra referencia al mundo (...) y hace al mundo inmanente al sujeto, en vez de quedarse *perpleja* ante él y de concebir al sujeto como transcendencia hacia el mundo. (M. Ponty, 1957: XII; el subrayado es del autor)

La reflexión permite establecer no un Yo trascendental como fuerza constitutiva de todo lo que es y de todo lo pensado, sino un sujeto que es a un tiempo relación perceptiva hacia el mundo y diálogo corporal con él. El sujeto no es, entonces, una conciencia pura sino un sujeto inmerso en el mundo, es decir, un sujeto “encarnado”.

Un tal sujeto no existe más que a partir de su cuerpo y, consecuentemente vive entre dos horizontes, que, indudablemente, escapan a su dominio y voluntad: su nacimiento y su muerte. Así, el sentido de su existencia es, según la expresión de Heidegger, la *temporalidad*.

Con una fuerte impronta existencialista, Merleau-Ponty sostiene que en la reflexión, el sujeto se descubre estando “ya ahí”; el *Cogito* solo puede conocerse “ya siendo” o “aún viviendo”. Se trata de un ser “arrojado al mundo”

y toda su actividad se funda en esta pasividad originaria, en ese hecho que ha sucedido sin su aprobación: su nacimiento. El sujeto pensante descubre, así, su radical e insuperable contingencia.

Ahora bien, admitir que somos seres contingentes y que tal contingencia se nos aparece a la reflexión como insuperable (puesto que no podemos explicarla sin suponer algún absoluto que la fundamente) sugiere que lo que somos supera ampliamente lo que podemos saber, aún de nosotros mismos. Por eso Merleau-Ponty sostiene que el hombre no puede igualar en saber lo que es como suceso o acontecimiento.

De este modo, la percepción, o conciencia irreflexiva, es un saber fundamental pero para el cual no hay explicación ni justificación más que su propia existencia de hecho. La filosofía se propone, especialmente en esta primera etapa de su filosofía, como una reflexión sobre lo irreflexivo, asumiendo que no es posible comprender qué sea lo irreflexivo mismo.

Sin embargo, y pese a los ecos que algunas consideraciones de Hegel mantienen en su pensamiento, para Merleau-Ponty no se trata de transformar en sentido inteligible la vida pre reflexiva del espíritu, como en el pensador idealista, sino de una filosofía cuya última palabra no es la inteligibilidad fundamental, sino la *contingencia insuperable* de todo:

Un humanismo hoy, (...) comienza por la toma de conciencia de la contingencia, es la continua constatación de una unión sorprendente entre el hecho y el sentido (...) es el rechazo metódico de las explicaciones, pues ellas destruyen la *melange* de la que estamos hechos y nos vuelven incomprensibles a nosotros mismos. (M. Ponty, 1960: 305-6)

La perspectiva artística

En este contexto, el arte adquiere un papel fundamental. Porque los mundos que el arte construye, y muy particularmente el arte contemporáneo, son expresamente ambiguos y diversamente interpretables, ponen en juego la posibilidad de experiencias semejantes para quien los recepta. El ámbito de la ficción pareciera, entonces, más propicio para dar cuenta de la multiplicidad tanto de las preguntas como de las respuestas filosóficas. Merleau-Ponty

ambiciona, por ello, una filosofía que asuma la potencia de la expresión artística para poner de manifiesto la contingencia y el perspectivismo propios de nuestro “ser en el mundo”.

En sus reflexiones sobre la pintura aparecen de manera central sus consideraciones sobre la relación entre lo natural y lo simbólico así como sus connotaciones ontológicas. Principalmente, en “La duda de Cézanne”, artículo de su primer período y en *El Ojo y el Espíritu*, último escrito publicado en vida, en 1961.

En el primero, a tono con la *Fenomenología de la percepción*, expone de qué manera el pintor expresa y desenvuelve nuestra relación perceptiva con el mundo. Cézanne, pintor arquetípico, busca romper la relación sujeto/objeto (o visible/invisible): sin apartarse completamente de la estética impresionista (que consiste en atenerse a lo que se presenta a la mirada), Cézanne pretende ir más allá y reencontrar al objeto mismo, es decir no caer en la mera disolución lumínica del impresionismo. Merleau-Ponty presenta esta búsqueda como una paradoja: “la búsqueda de la realidad sin abandonar la sensación, sin tomar otra guía que la naturaleza en su impresión inmediata, sin fijar los contornos, sin encuadrar el color con el dibujo, sin componer la perspectiva ni el cuadro” (M. Ponty, 2000: 38).

No se trata de abandonar por completo ni los sentidos, ni la inteligencia, sino de comprender cómo ambas cosas constituyen una única experiencia en la que operan de manera indisoluble.

Cézanne decía que la pintura consistía en aquello que “piensan nuestros ojos”. Es decir, la pintura no constituye ni una visión que alude o evoca las cosas desde una determinada perspectiva, a la manera del realismo que imita la naturaleza; ni de una visión propia de un idealismo que traduce ideas en la tela siguiendo reglas del buen gusto o del instinto. Se trata de una “operación de expresión”, de la producción de la visibilidad, de lo que sin esa mediación quedaría inexpresado o invisible:

El pintor toma y convierte justamente en objeto visible aquello que sin él quedaría encerrado en la vida aislada de cada conciencia: la vibración de las apariencias que constituye el origen de las cosas (...) Antes de la expresión no existe otra

cosa que una vaga fiebre, y sólo la obra realizada y comprendida demostrará que podía encontrarse *alguna cosa* en vez de *nada*. (M. Ponty, 2000: 45-46, el subrayado es del autor).

No se trata, sin embargo, de entender que la suma de las expresiones pictóricas (o artísticas) de un pintor (o de un artista) o las de toda la historia del arte, nos darán en algún momento una visión completa del mundo. Por el contrario, en tanto el pintor expresa el mundo y dado que éste no posee un sentido absoluto, la expresión (pictórica o cualquier otra) jamás podrá dar cuenta de la totalidad. Nunca la creación humana podrá sobrepasar la riqueza de lo sensible: hay un mundo y sabemos acerca de él en tanto el arte (aunque también otras expresiones como la ciencia o la propia filosofía) lo expresa; pero esta tarea es limitada: siempre, como dice Merleau-Ponty, y como ya vimos anteriormente, lo que “hay” será mayor que lo que “se me aparece”.

La subjetividad

Ahora bien, esta “operación primordial de significación” en la que lo expresado encuentra su existencia, es también el lugar de existencia de quien expresa. Se trata de una operación, por decirlo así, de reversibilidad, en la que el sujeto al “decir” (expresar) el mundo, al mismo tiempo se “dice” (expresa) a sí mismo, expresa su propia subjetividad. No encontramos en Merleau-Ponty, en consonancia con su rechazo a la visión dualista, la idea de que la subjetividad pueda comprenderse escindida del mundo. Más bien, cuando preguntamos, en la perspectiva merleau-pontiana, por la subjetividad, estamos preguntando por el hombre mismo: somos en el mundo y, por tanto, como ya se adelantó, “seres encarnados”.

La conciencia perceptiva, como hemos visto, involucra de tal modo, no sólo lo inteligible sino también el sentir (auditivo, visual, gustativo, táctil, olfativo, motriz), que la propia noción de hombre se define por su experiencia; la existencia humana se constituye en una suerte de totalidad funcional.

Esta existencia humana, y por la propia razón de no ser estrictamente ni solo cuerpo ni solo espíritu, se halla sostenida por una tensión entre la necesidad y la contingencia: no presupone ninguna posesión incondicionada, pero tampoco ningún atributo fortuito. De modo que nos es tan propia y definitoria la posesión de nuestras manos o nuestro sistema sexual, como la de nuestro pensamiento (Merleau-Ponty, 1976: 187).

Pero, además, la propia reflexión nos convence de que la esencia de la subjetividad se encuentra vinculada indisolublemente a la del cuerpo y a la del mundo porque experimentamos que "(...) mi existencia como subjetividad no forma más que una sola cosa con mi existencia como cuerpo y con la existencia del mundo y que, finalmente, el sujeto que y o soy, tomado concretamente, es inseparable de este cuerpo-aquí y de este mundo-aquí" (Merleau-Ponty, 1976: 467).

De este modo, contra la subjetividad pensante, espiritual, separada completamente de lo material, Merleau propone una subjetividad "encarnada" a la que podemos sintéticamente describir con dos rasgos fundamentales: el primero, es que la subjetividad nunca está desligada de su relación con los otros y el mundo. El segundo, que la subjetividad comporta una tensión entre lo dado y la libertad.

Ambos rasgos, paradigmáticamente manifestados en la producción artística, se ponen de relieve en el caso arquetípico de Paul Cézanne.

La reflexión de Merleau sobre la vida de Cézanne, precisamente, pone de manifiesto la tensión entre libertad y pasividad. Así, resalta la condición del yo como proyecto y, en tal sentido, se desdibuja la diferenciación entre lo innato o hereditario y lo espontáneo; no hay un solo gesto absolutamente nuevo respecto de lo que y o soy desde un principio: una manera de estar en el mundo. Por eso,

dos cosas son ciertas a propósito de la libertad: que nunca estamos determinados y que a la vez, no cambiamos nunca (...) Es tarea nuestra comprender estas dos cosas a la vez y entender de qué manera la libertad nace en nosotros sin romper nuestros lazos con el mundo. (Merleau-Ponty, 2000: 50)

La subjetividad ya no aparece como aquello que se enfrenta a la objetividad, sino que se transfiere en cada uno de los actos de expresión, sean ellos

científicos, filosóficos, lingüísticos o artísticos, a cada “objeto” que surge de esas acciones. Es inseparable de ellos y, en tanto *mélange* conjunta con lo que solemos denominar lo objetivo, de algún modo, también allí ella está *expresada*.

Para Merleau, todas las experiencias, todas las acciones humanas son cognoscitivas en tanto suponen un acto de conciencia primigenio: la percepción, en la que el yo y el mundo se dan indiferenciados. Y es en la percepción donde se advierte fundamentalmente la artificialidad de la oposición subjetividad/objetividad (o pensamiento/materialidad). Puesto que no sólo nuestras acciones y emociones, sino incluso hasta los recuerdos de estados emocionales, están atravesados por lo sensible: “Cuando recuerdo mi ira contra Paul, la encuentro no en mi espíritu o en mi pensamiento, sino por completo entre yo que vociferaba y ese detestable Paul que estaba tranquilamente sentado y me miraba con ironía” (Merleau-Ponty, 2003: 50).

La historia filosófica, sustentada en el dualismo, ha desdibujado la “conciencia perceptiva”. Así, la duda metódica cartesiana, pero incluso, la reducción fenomenológica de Husserl, nos conducirían a la evidencia de un “yo interior”, es decir, un yo ajeno al mundo y, por tanto, al cuerpo; aunque Merleau-Ponty reconoce en la fenomenología husserliana un intento (inacabado) de superar la consecuente escisión entre sujeto y objeto mediante la constante interrogación sobre el mundo vivido y la intersubjetividad:

La más importante de las adquisiciones de la fenomenología consiste, sin duda, en haber unido el extremo subjetivismo y el extremo objetivismo en su noción de mundo o de racionalidad. La racionalidad es exactamente medida a las experiencias en las cuales se revela. Hay racionalidad, es decir, las perspectivas se recubren, las percepciones se confirman, aparece un sentido. Pero no debe ser puesta aparte, transformada en Espíritu absoluto o en mundo en sentido realista. El mundo fenomenológico no es el ser puro, sino el sentido que transparece en la intersección de mis experiencias y las del otro, por el engranaje de las unas en las otras, es pues inseparable de la subjetividad y de la intersubjetividad que integran su unidad por la reasunción de mis experiencias pasadas en mis experiencias presentes, de la experiencia del otro en la mía. Por vez primera la meditación del filósofo es asaz consciente para no realizar en el mundo y antes de ella sus propios resultados. (Merleau-Ponty, 1957, “Prólogo”)

“Decir” el mundo y con ello “decir” nuestro propio yo, se constituyen en metas del artista -del escritor, del pintor-, que aparece de este modo (con ciertos ecos

de Nietzsche y de Heidegger) como filósofo. Al respecto, el propio Merleau-Ponty afianza la cercanía entre la expresión filosófica y la artística:

Si la fenomenología ha sido un movimiento antes de ser una doctrina o un sistema, ello no es un azar ni una impostura. Es laboriosa, como la obra de Balzac, de Proust, de Valéry o de Cézanne, por el mismo tipo de atención y de admiración, por la misma exigencia de conciencia, por la misma voluntad de aprehender el sentido del mundo o de la historia en su estado naciente. (Merleau-Ponty, 1957, "Prólogo")

El período ontológico

Como ya anticipamos, el objetivo de la última etapa filosófica de Merleau-Ponty, puesta de manifiesto en *Lo visible y lo invisible*, pero también en otros importantes escritos de sus últimos años (por ejemplo, en algunos pasajes de *Signes*, particularmente en su "Prefacio" o en el ya citado *El ojo y el espíritu*), no significa el abandono de sus principales tesis, sino una reformulación de aquello que según su propia definición había quedado indebidamente fundamentado. Así, se propone "retomar, profundizar y rectificar" la *Fenomenología de la percepción*, en una suerte de "giro" que él mismo denominará "ontológico".

Merleau-Ponty ve en retrospectiva que la filosofía no puede contentarse con lo inexplicable del hecho completamente contingente, nuestra inserción corporal en el mundo, para dar cuenta de la racionalidad. La filosofía tiene que explorar esa cuestión hasta sus últimas consecuencias.

En este nuevo período, entonces, Merleau-Ponty se propondrá una búsqueda en profundidad sobre el fundamento de la racionalidad, lo que retomando el sentido de la filosofía pre-socrática, llamará la *arjé*.

Los propios términos con que Merleau-Ponty se expresa en este recorrido muestran un cambio que refuerza el sentido ontológico de sus nuevas reflexiones: la "percepción" se torna "visión", más que de "cuerpo" Merleau-Ponty comenzará a hablar de "carne", el "ser" pasa a denominarse con mayúscula ("Ser").

Y, precisamente, el Ser (que no será asociado ni con el sujeto ni con el objeto) se postulará como el lugar en que sujeto y objeto se encuentran; un entre-dos (*entre-deux*), una textura única, una *carne* común... Profundizando su alejamiento del dualismo, intentará buscar una

(...) definición dialéctica del ser, que no puede ser el ser-para sí, ni el ser-en sí (...) que ha de dar con el ser antes de que se produzca la escisión reflexiva, alrededor de ella, en su horizonte, no fuera de nosotros, ni en nosotros, sino donde se cruzan ambos movimientos, donde 'hay' algo. (M. Ponty, 1970: 123)

Ese "entre-dos" recibirá el nombre de "quiasmo": una textura común sobre la que se tienden lo objetivo y lo subjetivo, una conjunción entre lo que siente y lo que es sentido.

Este manuscrito inconcluso, que se edita como *Lo visible y lo invisible*, tiene como objetivo central la indagación en torno a la propia reflexión. No en un sentido positivista como si la filosofía tuviera que constituir una suerte de léxico o cuya misión sea la clarificación de las significaciones de las palabras, puesto que tal cosa colocaría a la filosofía en un sustituto verbal del mundo que percibimos. La filosofía debe intentar, al decir de Husserl, que las "cosas mismas" se expresen, a pesar, pero a través, de su silencio constitutivo. De modo que la filosofía debe abandonar su estilo sentencioso y afirmativo y adquirir el tono interrogativo:

Si el filósofo interroga y, por tanto, finge ignorar el mundo y la visión del mundo que actúan y se hacen de continuo en él es para hacer precisamente que hablen, porque cree en ellos y espera de ellos toda su futura ciencia (...). [La interrogación] es el único modo que tiene la filosofía de ponerse de acuerdo con nuestra visión efectiva de las cosas, la única manera de responder a lo que en ella nos da que pensar, a las paradojas con que está hecha, el único medio de ajustarse a esos enigmas figurados, cosa y mundo, en cuyo ser y verdad se acumulan los detalles inconciliables. (M. Ponry, 1970: 20)

Finalmente, todas nuestras "opiniones" al fin y al cabo tienen como referente ineludible al mundo. La cuestión es cómo pensar, y en consecuencia, cómo decir, ese mundo al que nos dirigimos constantemente. Y ello nos lleva al problema de la verdad. Porque damos por sentado un mundo que no es ni exclusivamente sensible ni exclusivamente inteligible (en sus términos ni visible

ni invisible de manera excluyente), pero que nos lleva a admitir que aún tal escisión se realiza sobre la creencia en su existencia: somos algo así como testigos de un solo mundo, pero “la certeza, por más irresistible que sea, es de una oscuridad absoluta; podemos vivirla, pero no pensarla, formularla o erigirla en tesis (...)” (M. Ponty, 1970: 28).

¿Sobre qué fundamento puede la filosofía, entonces, erigir sus conclusiones sobre nuestro mundo y sobre nosotros mismos? No habrá conclusiones definitivas sino preguntas que solo abrirán nuevos interrogantes. La verdad se torna ambigua; la filosofía se presenta como una “filosofía de la ambigüedad”, ya que no podremos superar de manera concluyente el punto de partida de todas nuestras afirmaciones: “(...) esta injustificable certeza de un mundo sensible que nos es común, constituye en nosotros la base en que se asienta la verdad” (M. Ponty, 1970: 29).

Actividades

1. Analice la consideración de Merleau-Ponty, en el siguiente párrafo de *El mundo de la percepción*, en confrontación con el fragmento que Descartes le dedica al conocido como “el ejemplo de la cera” de la Segunda Meditación Metafísica del filósofo racionalista:

Descartes llegó a decir que únicamente a través del examen de las cosas sensibles, y sin recurrir a los resultados de las investigaciones eruditas, yo puedo descubrir la impostura de mis sentidos y aprender a no confiar sino en la inteligencia. Digo que veo un trozo de cera. Pero ¿qué es exactamente esta cera? Con seguridad, no es ni el color blancuzco, ni el olor floral que acaso todavía conservó, ni esa blandura que siente mi dedo, ni ese ruido opaco que hace la cera cuando la dejo caer. Nada de todo eso es constitutivo de la cera, porque puede perder todas esas cualidades sin dejar de existir, por ejemplo si la hago fundir y se transforma en un líquido incoloro, sin un olor apreciable y que ya no resiste a la presión de mi dedo. Sin embargo, digo que la misma cera sigue estando ahí. Entonces, ¿cómo hay que entenderlo? Lo que permanece, a pesar del cambio de estado, no es más que un fragmento de materia sin cualidades, y en su punto límite cierto poder de ocupar el espacio, de recibir diferentes formas, sin que ni el espacio ocupado ni la forma recibida sean en modo alguno determinados. Ése es el núcleo real y permanente de la cera. Sin embargo, es manifiesto que es a realidad de la cera no se revela solamente a los sentidos, porque ellos siempre me ofrecen objetos de un tamaño y una forma determinados. En consecuencia, la verdadera cera no se ve con los ojos. Sólo es posible concebirla con la inteligencia. (...) Para Descartes, por lo tanto –y durante mucho tiempo esta idea

fue omnipotente en la tradición filosófica de Francia-, la percepción no es más que un comienzo de ciencia todavía confusa. La relación de la percepción con la ciencia es la de la apariencia con la realidad. (Merleau-Ponty, 2003: 11-12)

2. Merleau-Ponty sostiene:

El mundo de la percepción, es decir, aquel que nos revelan nuestros sentidos y la vida que hacemos, a primera vista parece el que mejor conocemos, ya que no se necesitan instrumentos ni cálculos para acceder a él, y, en apariencia, nos basta con abrir los ojos y dejarnos vivir para penetrarlo. Sin embargo, esto no es más que una falsa apariencia. En estas conversaciones me gustaría mostrar que en una gran medida es ignorado por nosotros, mientras permanecemos en la actitud práctica o utilitaria; que hizo falta mucho tiempo, esfuerzos y cultura para ponerlo al desnudo, y que uno de los méritos del arte y del pensamiento modernos (con esto entiendo el arte y el pensamiento desde hace cincuenta o setenta años) es hacernos redescubrir este mundo donde vivimos pero que siempre estamos tentados de olvidar. (Merleau-Ponty, 2003: 9)

a) Explique en qué consistiría, según lo que se ha estudiado del pensamiento merleau-pontiano, “redescubrir este mundo donde vivimos.”

b) Compare la posición de Merleau-Ponty respecto de la acción de la conciencia sobre el mundo con la asumida por Kant en su concepción gnoseológica.

c) En tal sentido, analice qué significa la afirmación de Merleau-Ponty, “lo trascendental de Husserl no es lo trascendental de Kant”. Redacte un fragmento de unas seis o siete líneas en el que se explique la diferencia que señala Merleau-Ponty entre la “trascendencia del yo” en Kant y en Husserl.

3. Busque en la Web una reproducción de una pintura de Cézanne y señale con ese ejemplo como referencia las características que Merleau-Ponty le atribuye al pintor de Aix. Utilice como referencia el texto “La duda de Cézanne” (M. Ponty, 2000: 33-56).

4. Compare una pintura de Cézanne con una impresionista (de Monet, de Renoir, de Degas, etc.) señalando en cada una las características que, según Merleau-Ponty en el texto anteriormente mencionado, diferencian ambas facturas pictóricas. Señale qué cuestiones de orden filosófico entran en juego en cada caso.

5. Señale en un breve párrafo las diferencias entre Merleau-Ponty y Sartre respecto de la distinción que este último realiza mediante las nociones de “ser en sí” y “ser para sí”.

6. Justifique la siguiente afirmación de Merleau-Ponty según las consideraciones de su pensamiento: “la certeza [respecto de la existencia de un solo mundo], por más irresistible que sea, es de una oscuridad absoluta; podemos vivirla, pero no pensarla, formularla o erigirla en tesis”.

Bibliografía

Alloa, Emmanuel, (2008) *La resistencia de lo sensible. Merleau-Ponty, crítica de la transparencia*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Bowie, Andrew, (1999) *Estética y subjetividad. La filosofía alemana de Kant a Nietzsche y la teoría estética actual*, Madrid, Visor.

Dupont, Pascal, (2001) *Le vocabulaire de Merleau-Ponty*, Paris, Ellipsis.

Madison, Gary-Brent, (1973) *La phénoménologie de Merleau-Ponty. Une recherche des limites de la conscience*. Préface de Paul Ricoeur. Paris, Klincksieck.

Merleau-Ponty, Maurice, (2006) *Elogio de la filosofía seguido de El lenguaje indirecto y las voces del silencio*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Merleau-Ponty, Maurice, (1957) *La fenomenología de la percepción*, México-Buenos Aires, FCE.

——— (1960) *Signes*, Paris, Gallimard.

——— (1964) *L'oeil et l'esprit*, Paris, Gallimard.

——— (1970) *Lo visible y lo invisible*, Barcelona, Seix Barral.

——— (1976) *La estructura del comportamiento*, Buenos Aires, Hachette.

——— (2000) *Sentido y sinsentido*, Barcelona. Península.

——— (2003) *El mundo de la percepción, siete conferencias*, Buenos Aires, FCE.

Solas, Silvia, "Arte, corporalidad y expresión. Sobre la relación entre subjetividad y estética en la filosofía de Maurice Merleau-Ponty", inédito.

——— (2006) "Contingencia y ambigüedad en la filosofía de Maurice Merleau-Ponty. Fenomenología, ontología, arte, política", en *Revista de Filosofía y Teoría Política*, nº 37, La Plata, UNLP, FaHCE, Departamento de Filosofía.